



CASTILLO DE SAN JOSE



MUSEO
INTERNACIONAL
DE ARTE
CONTEMPORANEO

A5
6

ARRECIFE DE LANZAROTE

Impreso en: LITOGRAFIA A. ROMERO, S. A.
Avda. Angel Romero, s/n.
Santa Cruz de Tenerife (España)
Depósito Legal: TF. 157 - 1978

CASTILLO DE SAN JOSE



MUSEO
INTERNACIONAL
DE ARTE
CONTEMPORANEO

ELOGIO Y NOSTALGIA DEL ARRECIFE

«Un puerto riente e ideal, muy capaz y muy frecuentado de mercaderes» —decían ya del Arrecife—, los marineros genoveses del siglo catorce. Lancilotto Malocelo, que aportó a la isla una característica nueva y personal, asienta burgués sobre empedrado de lava e inscribe en Arrecife, y de manera indeleble, el primer hecho cierto con el cual se inicia la Historia de Canarias.

El Arrecife, adelantado del Mediterráneo, y aún su faro mejor, mirando sobre Africa hacia ese mar antiguo y sagrado, recibía las naves que andaban ciegas hacia el Occidente de las islas perdidas, donde razas nuevas darían vigor y juventud a la civilización. Por eso, El Arrecife era un puerto familiar entre capitanes y nostramos del próximo Mediterráneo, tan conocido que lo llamaban «el puerto de los mayorquines».

Como todos los pueblos costeros, el de Arrecife tiene en los comienzos de su vida cuatro siglos de existencia oscura, cuatrocientos años en los que es difícil, si no imposible, separar la realidad de la leyenda. A través de una larga peregrinación, tan obstinada como azarosa, fenicios, griegos y romanos, recorrieron estos parajes ignotos al hilo de la costa africana: se hablaba de una *Tierra de los Tesoros* e incluso del *Río de Oro*, pero, asimismo, circulaban noticias estremecedoras acerca del *mar tenebroso*, cuya sombra azulena no sería más que un airado e infinito desierto. Tales informaciones aterrorizaban naturalmente a los hombres de mar, pero también los incitaba a emprender la arriesgada aventura de las islas occidentales, con sus tierras de promisión y corrientes auríferas...

Ya se sabe: Arrecife es un don del mar y es el mar la única y posible explicación de su historia, tanto desde su indefensión secular, allá en su vida auroral, como después, dominado por su genio comercial, se convierte en instrumento de afanes y glorias que nunca hubiera conseguido por sí solo. Cantabria le allega sus alevines dorados; Castilla, su señor almenado en cabeza de señorío y latifundio; Andalucía, su cambalache, su clero, aquí; hablaron con más énfasis de voz que una muchedumbre.

En la historia de Arrecife hay páginas sangrientas, como las hay en todos los pueblos que han tenido por señores a unos aventureros. Las cabalgadas sobre Africa era cosa que por entonces refulgía, espejuelo que halagaba y atraía a la codicia, y uno que quiere procurarse lo ajeno, otro que defiende lo propio, el conflicto guerrero estalla y la sangre corre a empapar el suelo del Arrecife. Una vez es sangre francesa, otra española, y las más veces sangre de moros mezclada con la de los indefensos naturales. Con tal saña llega este puerto a defender sus intereses, que hasta los cielos se mostraron tocados por el horror de las carnicerías. Cuando no ya hombres, las mujeres formaban extrañas legiones de fieras, que, con gran asombro de los invasores, acuchillaban sin piedad al ritmo de un gran viento.

Para entrar en Arrecife no se abrían puertas ni portones de altas murallas; tampoco había que pasar un puente de piedra con defensa de almenas y barbancas, pues la tragedia y la razzia le entraron grotesca y arbitrariamente como una broma pesada. La conquista franco-normanda y la oscura morisma fueron, en verdad, la razón de las discordias y de las locuras de toda la isla.

El Arrecife era entonces un inmenso estremecimiento, y el mar era como un gran pájaro hinchado de enemigos que caían sobre el puerto rescupidos por aquél. Arrecife era todo un grito, y un largo rastro de sangre... Sin embargo, seguía siendo esposa del mar.

Un día El Arrecife se entorpece, los navegantes encuentran más cómodo anclar en nuevos puertos de otras islas, nacidos más tarde, y Arrecife comienza a decaer, se achica su vida mercantil, y, al cabo, siglos XVII y XVIII, se inmoviliza y duerme en beatitud doméstica: casitas de trato y de breas, arganas y tahonas, airosos molinos de viento y barcos de vela, y como defensas costeñas una torre almenada y un castro de mortero y madera. Nada más.

Así comienza a ser comprensivo el puerto, que vivía, aunque viviera durmiendo, desde la indiferencia de Teguiise hasta la navegación osada y provechosa. Así el puerto no fue heroico sino comercial, e incluso sus gestas guerreras le fueron impuestas por la necesidad de conservar ciertas áreas económicas: una muy principal y pingüe, la Torre de Herrera, en Santa Cruz de Berbería. Sus señores no sentía empacho de hidalguía cuando saqueaban islas y costa fronteras, sino que por el contrario tenían a gala embolsillarse fáciles beneficios, que, a la postre, habían de tornarse en asiduas y crueles represalias. Pero, mientras esto sucede, Arrecife va acopiando reservas de confianza, acostumbrándose a encajar estóicamente los golpes arteros de la existencia. El porvenir del Arrecife se vio tan oscuro

y cerrado como su amante el mar, infectado por entonces de piratas y aventureros.

Marinero y enérgico, bastante liberal y poco amigo de sueños, El Arrecife empastaba sus incertidumbres e indefensiones con el cemento invisible de una comunión intransferible y solidaria. Por eso, el porteño ha sido, y sigue siéndolo, muy celoso de la intimidad de su alma, y a la vez muy propenso a sustenciar su individualidad en proyecciones comunitarias. Así fue como Arrecife, tan venido a menos durante el siglo XVIII, aprendió a negociar, intrigar y esperar, hasta que un buen día —sobre incipientes bases administrativas y económicas— se alza tan limpiamente con la Capitalidad de Lanzarote.

Arrecife, como cualquier inversionista de hoy, fue derrochando capital y dividiendo en casonas de lujo que sirvieran de ornato y refugio donde olvidarse de su pasado estrecho y agoniado, aquella pobre vida suya de hambres caninas, sequías pertinaces y depredaciones piráticas. Llegó a sedimentarse en áquel *boom* de la orchillas y barrillas, auténticos cauces de favorable prosperidad. Y su población se fue incrementado desde otras islas, ingrediente básico que habría de influir notablemente en la plasmación de su carácter conservador, aunque, eso sí, catalizado por un denominador común cuyos rasgos principales son ciertas psicología niveladora y antijerárquica, de suerte que en su expresión más genuina encontramos casi siempre el humor, la frivolidad y cierta pasión de libertad en suma, una generosidad rayana en el despilfarro, y, en lo cultural, una mayor disposición para lo estético que para lo puramente espiritual. Por eso dejamos dicho que Arrecife es todavía un pueblo joven, una comunidad en formación. El paisaje nos lo demuestra y sólo con un gran esfuerzo e infinita paciencia podría llegarse a corregir, pongo por caso, el mal trazado de sus calles, y, en fin, su pésimo instinto urbano... Sin embargo, la vieja ciudad, con sus «esquinas frailunas», demostraba ser ingeniosa y recoleta, como si su «mal trazado» le fuese dictado por la necesidad primordial —su instalación atlántica— de jugar con los vientos y los soles, burlándose con superficies capaces de encontrar sombras y aun abrigos sutiles. De ahí que Arrecife fuera siempre horizontal como el mar, de manera que su ámbito aplanado y blanco no tenía otra perspectiva válida que la aprehendida tras la contemplación de sus fortalezas coronando las rocas entre ambos extremos del Puerto de Naos: el castillo de San Gabriel, con su historia y penuria a cuestas, y el de San José, o «Fortaleza del Hambre», y, en ésta, toda la intimidad del Arrecife, estremecida por haberse detenido un día, alejada ya la gran pulsación del mar... ¿Alma?

¿Mar? Si ahora quisiera mostrar el alma de Arrecife, su más antigua hermosura vestida de espuma, dibujaría una gran ola desnuda y sola.

Cierto que hoy no es aquel puerto de vida lenta y recogida, ni aquella ribera de mañanas azules y francas, de crepúsculos recién nacidos, aún con pañales de luna sanguinolenta, albas de malva, ocasos incendiados, y soles muy duros, justicieros, purificando cuanto hay de vida en la orilla; no, ya no es el puerto que se gozaba en las delicias y regalos de la sobremesa: la tertulia amiga, café, tabaco, ron, y el paseo luminoso, ardiente, medio oculto por un bosque de mástiles y velámenes..., y las casonas de altos ventanales y espaciosos patios, buenas para vivir y morir en ellas, para dialogar en su intimidad, auténticamente, o para conservar de generación en generación esas esotéricas «cosas» de antigua estirpe isleña; porque, entiéndase, El Arrecife de hoy se ahoga, se agita con impaciencia de metrópolis, entre proyectos, transformaciones y crecimiento perpetuos, de suerte que aquel cuadrulado antiguo de pueblo feliz y confiado se rompe, se abre y se extiende anárquico como un gran clamor sin palabras. Con el tiempo, no se sabrá dónde está la isla, y todo será una ciudad grande y única: el gran Arrecife insular.

Pero aquello que precisamente no debiera pasar, discurre ya como un goterón oscuro sobre la conciencia ciudadana, y El Arrecife eterno, espiritual, de historia, de leyenda y de dolor, continuará en la futura población porque, claro está, seguirá siendo un motivo de vida, al menos para los sensibles y limpios de corazón.

Arrecife, caliente y luminosa, sola y desnuda junto al mar desnudo y del cual ha recibido hombro, pecho y cadera, con plástica de ola, emergiendo, Afrodita, pleamarina, para ser descubierta únicamente por un lobo de mar, un pintor o un poeta de brillante lengua de fuego.

ANTECEDENTES DEL LUGAR

El emplazamiento del Arrecife no fue casual o simplemente un acto caprichoso, sino lógica consecuencia de las condiciones protohistóricas y geográficas del lugar: una segura bahía que la antigüedad reconoció como *puerto de refugio*. Tanto es así, que, más tarde, a partir del siglo XIV, cuando los primeros navegantes modernos comienzan a buscar en el Atlántico nuevas rutas hacia el Sur misterioso y cálido, se confirman una vez más las inmejorables condiciones de situación y benignidad del Puerto del Arrecife, y de ahí que genoveses, vizcainos y mallorquines-catalanes, frecuentaran sus calmas para resguardarse de las furias del océano o para sólo hacer la obligada carena antes de reanudar su periplo y perderse en la *Mar Tenebrosa*...

Luego, ya avanzado el siglo XV, los portugueses quisieron establecerse definitivamente en el lugar, e incluso llegaron a imponer un Gobierno propio, como consecuencia de las trapisondas y sevicias de Maciot de Béthencourt, pero los isleños acabaron expulsándolos hacia el mar y acataron con lealtad el servicio de la Corona de Castilla. En seguidas, como inesperada tromba de mar, los argelinos y bereberes atacan estos baluartes —incipientes aún—, incendiándolo todo a su paso, aunque, eso sí, tropezando con la heroica y tenaz resistencia del Arrecife, cuya población parecía unas veces y otras se dispersaba tierra adentro, siendo esa la causa principal de su lento desarrollo urbano: nadie quería vivir donde la piratería era cotidiana y brutal.

No obstante, cumpliendo las consignas expansionistas de los Reyes Católicos, Diego de Herrera parte del Arrecife, con tropas y mandos lanzaroteños, para fundar en Berbería de Poniente la Torre-factoría de Santa Cruz de Mar Pequeña, siendo por entonces cuando el Pabellón de los Reyes ondea por vez primera en aquel Continente.

Sí, durante siglos se combatió aquí dura y largamente, tanto en contra de las múltiples incursiones moriscas, como en contra de las embestidas malintencionadas de algunas naciones civilizadas.

Teniendo en cuenta la constante y sacrificada lealtad a la Patria y a los Reyes, el Puerto del Arrecife ha merecido notables diferencias: Juan II, Isabel y Fernando, Carlos I y Felipe II, tuvieron para esta «avanzada atlántica» muy singulares atenciones, y, ya en tiempos modernos, Alfonso XIII las renueva concediéndole al Ayuntamiento de Arrecife el rango de Excelencia «por su perseverante adhesión a la Corona».



EL CASTILLO DE SAN GABRIEL

En 1544 comienzan las reacciones bereberes contra la política expansionista española, concentrándose multitud de galeras en los puertos naturales del Africa Occidental y con el propósito de asaltar y depredar las Islas Canarias. En vista del peligro que corría el Archipiélago, Carlos I ordenó a Pedro Fernández de Saavedra —descendiente consorte de los Herrera-Peraza—, que atacara con todos los medios a su alcance aquellas concentraciones navales, disposición que cumple el fiel caballero zarpando desde Arrecife a finales de junio de 1545. Una batalla que en principio resolvió a su favor Pedro Fernández, capturando cuantioso botín humano y material, pero que, sin embargo, habíale de ser contraria a causa de una inesperada acometida del enemigo cuando ya reembarcaban las tropas lanzaroteñas: en consecuencia muere Don Pedro Fernández de Saavedra y varios capitanes suyos, pero el botín pudo llegar intacto al Puerto del Arrecife, aunque sin aquel valiente y desventurado Jefe.

En represalia, y como era de esperar, los ataques argelinos y bereberes a Lanzarote —particularmente al puerto—, aumentaron con más saña que nunca.

Don Agustín de Herrera y Rojas decide, pues, fortificar el Arrecife, sobre todo después del sanguinario ataque de Dogalí, el terrible pirata de Salé. La Real Audiencia de Canarias, comprendiendo la indefensión del Arrecife, envía al Capitán del Primer Presidio, Don Gaspar de Salcedo, que planifica una fortaleza en toda regla y que debería situarse en el «islote de afuera», o sea, el que estaba inmediatamente después de aquel donde Diego de Herrera construyera las primeras fortificaciones. El castillo tendría esta situación exacta: latitud, 28° 57'31"6; longitud, 13° 32'35", según el meridiano de Greenwich.

Las obras de la nueva fortaleza comenzaron inmediatamente y ya estaban casi concluidas en 1572, si bien no pudieron rematarse hasta el siguiente año. En la construcción participó un maestro de obras llamado Sancho de Selenín, judío converso, y hasta un centenar de moriscos, quedando guarnecido por la propia Milicia de bereberes conversos creada por el Conde de Lanzarote, Don Agustín de Herrera y Rojas.

(Algunos cronistas, entre otros Antonio María Manrique —ilustre Notario de Arrecife—, afirman que Argote de Molina levantó con 12.000 ducados un castillo, que llamó de San Hermenegildo, y que estaba bien pertrechado y coronado de artillería de bronce. No estamos seguro de ello, pues, en mis pesquisas, no aparece una noticia digna de crédito al respecto).

EL CASTILLO DE SAN GABRIEL

En 1544 comienzan las reacciones bereberes contra la política expansionista española, concentrándose multitud de galeras en los puertos naturales del Africa Occidental y con el propósito de asaltar y depredar las Islas Canarias. En vista del peligro que corría el Archipiélago, Carlos I ordenó a Pedro Fernández de Saavedra —descendiente consorte de los Herrera-Peraza—, que atacara con todos los medios a su alcance aquellas concentraciones navales, disposición que cumple el fiel caballero zarpando desde Arrecife a finales de junio de 1545. Una batalla que en principio resolvió a su favor Pedro Fernández, capturando cuantioso botín humano y material, pero que, sin embargo, habíale de ser contraria a causa de una inesperada acometida del enemigo cuando ya reembarcaban las tropas lanzaroteñas: en consecuencia muere Don Pedro Fernández de Saavedra y varios capitanes suyos, pero el botín pudo llegar intacto al Puerto del Arrecife, aunque sin aquel valiente y desventurado Jefe.

En represalia, y como era de esperar, los ataques argelinos y bereberes a Lanzarote —particularmente al puerto—, aumentaron con más saña que nunca.

Don Agustín de Herrera y Rojas decide, pues, fortificar el Arrecife, sobre todo después del sanguinario ataque de Dogalí, el terrible pirata de Salé. La Real Audiencia de Canarias, comprendiendo la indefensión del Arrecife, envía al Capitán del Primer Presidio, Don Gaspar de Salcedo, que planifica una fortaleza en toda regla y que debería situarse en el «islote de afuera», o sea, el que estaba inmediatamente después de aquel donde Diego de Herrera construyera las primeras fortificaciones. El castillo tendría esta situación exacta: latitud, 28° 57'31"6; longitud, 13° 32'35", según el meridiano de Greenwich.

Las obras de la nueva fortaleza comenzaron inmediatamente y ya estaban casi concluidas en 1572, si bien no pudieron rematarse hasta el siguiente año. En la construcción participó un maestro de obras llamado Sancho de Selenín, judío converso, y hasta un centenar de moriscos, quedando guarnecido por la propia Milicia de bereberes conversos creada por el Conde de Lanzarote, Don Agustín de Herrera y Rojas.

(Algunos cronistas, entre otros Antonio María Manrique —ilustre Notario de Arrecife—, afirman que Argote de Molina levantó con 12.000 ducados un castillo, que llamó de San Hermenegildo, y que estaba bien pertrechado y coronado de artillería de bronce. No estamos seguro de ello, pues, en mis pesquisas, no aparece una noticia digna de crédito al respecto).

El castillo de San Gabriel fue, según la traza del capitán Salcedo, una fortaleza de planta mora, cuadrada en su cuerpo central y con cuatro baluartes de los llamados de punta de diamante, con sus respectivas troneras. Todo su interior fue construido de madera y tenía una artillería dotada de cuatro piezas: una de bronce y tres de hierro colado. En la azotea se emplazaron además dos culibrinas. Fuera de los muros se abrió la pequeña cisterna —hoy sellada— y se construyó un pequeño parapeto de piedra seca, que miraba hacia la caleta sur del castillo.

Todo parecía estar preparado para afrontar con éxito las embestidas moriscas, pero el tremendo y sorprendente ataque de Morato Arraez (1586) demostró a las claras que la pequeña fortaleza (sólo tenía 40 pies por cada lado y apenas 3 de altura) no era suficiente para contener las todavía ventajosas acometidas desde el mar, y además su maderamen interior resultaba como yesca. Tampoco ofrecieron garantías las cortinas entre baluarte y baluarte, tanto por su escaso grosor como por la poca altura, pues al menor impacto se desmoronaba o las balas caían en su interior incendiando tan frágiles habitáculos.

EL PUENTE DE LAS BOLAS

El ataque de Morato Arraez resonó en toda la isla como un trueno —dura fue ciertamente aquella depredación pirática— pero, en cambio, sirvió para que el confiado Marqués de Lanzarote reflexionara con mayor seriedad sobre el sesgo peligroso que iba tomando los acontecimientos. Tan amarga experiencia hizo renacer en todos los rincones isleños aquel espíritu defensivo a ultranza que en otras épocas les había caracterizado.

En consecuencia, El Arrecife vería cómo aumentaba su sistema defensivo, perfeccionándolo con nuevas técnicas hasta convertir la «desbaratada fortaleza» y sus descubiertas inmediaciones en seguro baluarte. Se construyeron, además, tres memorables defensas de costa: Las Paredes, El Reducto y Pasacaballo.

En efecto, Felipe II manda a las Canarias al ingeniero cremonés, Leonardo Torriani —contratado a su servicio— para que estudiara sobre el terreno y planificara la defensa de cada una de las islas, amenazadas como estaban por muy diversos enemigos y circunstancias. En Arrecife, el cremonés proyecta y traza notables reformas en el cuerpo del malparado castillo, cuyos muros exteriores se conservaban, sin embargo, en buen estado, y estima que sin demora alguna debiera construirse un camino

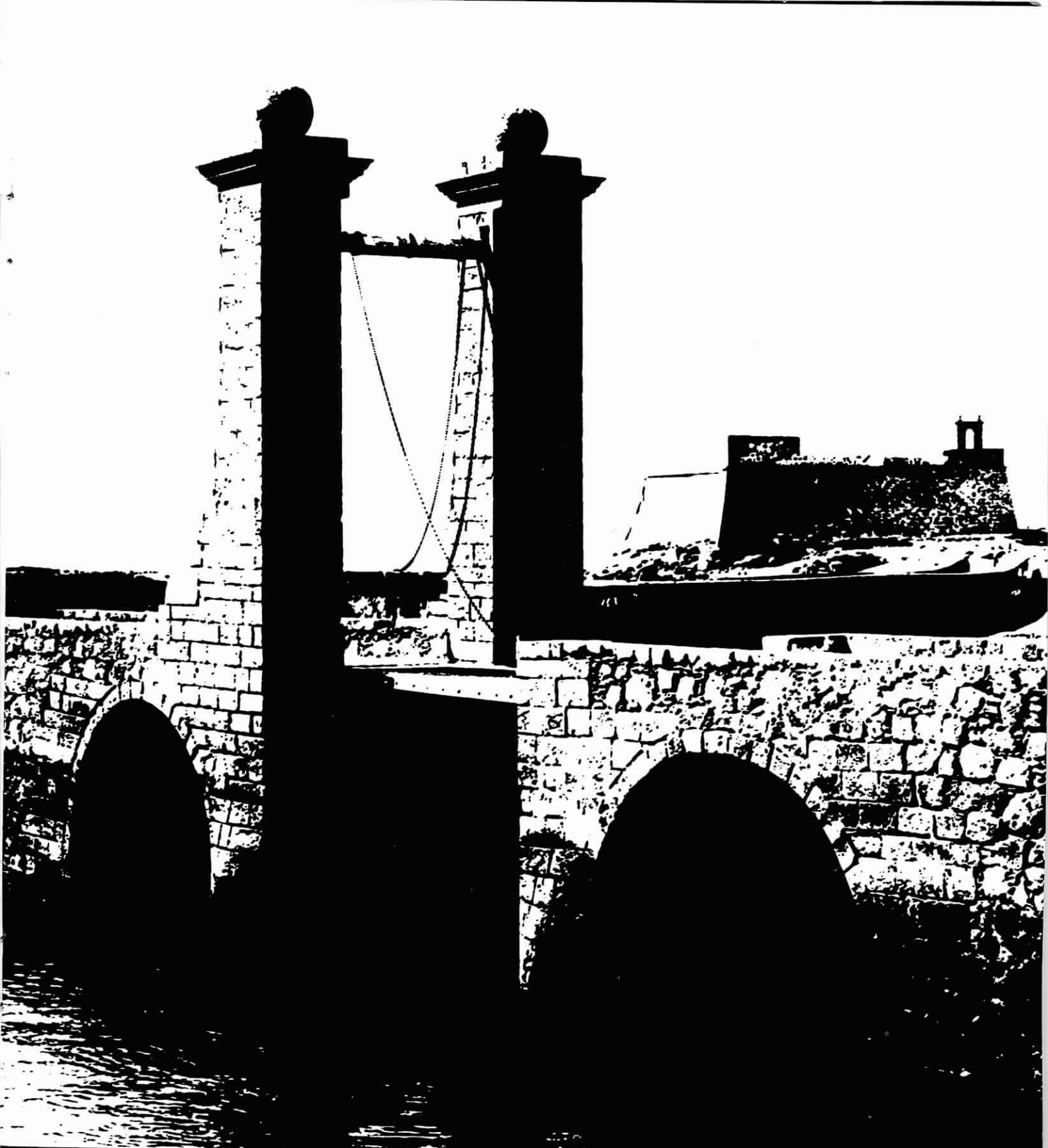
empedrado, amurallado a ambos lados, con tres cañoneras y sus portallones de fuga, a fin de enlazar la fortaleza con el islote del Muelle de Herrera, y desde éste, mediante un puente levadizo, con la inmediata orilla del Arrecife. (Digamos que no todo fue realizado, pues el proyecto general del ingeniero Torriani comprendía algo más, es decir, levantar una muralla almenada y con baluartes artillados en La Puntilla, y que partiendo desde el Puente de las Bolas siguiera la costa natural hasta las marismas que por entonces se formaban en las hoy *Cuatro Esquinas*).

La planificación defensiva del Arrecife comenzó a ser realidad casi inmediatamente después de su partida, ya que según se desprende de la correspondencia entre Felipe II y don Agustín de Herrera se trabaja asiduamente ya mediado el 1592.

El Puente de las Bolas —única obra de este tipo en las Islas Canarias— está integrado por dos pilares preisabelinos que acaban con remate cuadrangular sobre los cuales descansan dos bolas. La cantería está labrada con labor minuciosa, principalmente la coronación aludida y los goznes del pie donde descansan los soportes de la machina. Funcionaba ésta a mano y tenía dos discos con ocho bocabarras, así como dos tambores con sus respectivos guardainfantes para recoger o soltar los metros de cadena que subía o bajaba el rastrillo, apoyado en un eje base inferior. Con esta operación se daba paso franco o se dificultaba, según fuera o no propicias las circunstancias.

El camino o adarve amurallado, con su rampa empedrada, recorría ciento setenta y cinco metros, sin almenas, pero sí con tres cañoneras a la mitad del tramo comprendido entre el islote del Castillo de San Gabriel y el del Muelle de Herrera. Estas cañoneras, situadas estratégicamente sobre el mar, estaban surtidas por senda artillería de falcones de 9 quintales y que disparaban balas de 2 libras. También tenía sus paredes iniciales abiertas hacia la fortaleza, pero, en la parte del Puente de las Bolas, sólo había un portalón que daba acceso a la bahía interior, que era donde amarraban las embarcaciones, y a la espalda de dicho portalón otra cañonera igual a las ya citadas.

Si bien es verdad que en la Edad Media, el arte de construir puentes decayó casi por completo, como decayeron otras artes de ingenio, que florecieron en la antigüedad, Leonardo Torriani planificó además otros dos puentes de cantería en forma de arco de medio punto, perfectamente enmachtetados y con asientos de gran factura, si tenemos en cuenta las dificultades técnicas de la época.



REFORMAS DEL CASTILLO DE SAN GABRIEL

Puede decirse que la estructura actual de la fortaleza de San Gabriel, salvo algunas lamentables añadiduras posteriores —fácilmente salvables— es la misma que planificó Leonardo Torriani en 1591.

Todo el interior y la techumbre fueron construidos de nuevo, pero empleando mampostería, ya que los anteriores habitáculos de madera fueron incendiados veinte años atrás, como he dicho, durante la invasión de Morato Arraez, quien desmanteló totalmente el castillo. Leonardo Torriani emplea en la reforma sus mejores conocimientos, reforzando la recia arquitectura de los muros —bien conservados pese al terrible castigo sufrido—, y dándole un sentido más práctico y apropiado para la vida de luchas y heroísmo, que, sin duda, le aguardaba. En la coronación dispuso dos cañoneras, una mirando hacia la bahía del Arrecife y otra hacia el mar, por la esquina del Este, con el fin de vigilar la restinga de Juan Rejón. Sobre el baluarte del Oeste construyó una bellísima espadaña, réplica del preisabelino empleado en los remates del Puente de las Bolas.

Correspondió a fray Juan de San Francisco, Prior del Convento de Miraflores, de Teguisse, la donación de la campana destinada al toque de a rebato, según consta en el inventario del Marquesado de Lanzarote correspondiente al año 1599.

A escasa distancia del campanario situó una elegante garita de mampostería encalada, con sus saeteras y techo conoidal rematado en labras, que, en el devenir, sería muchas veces destruida y otras tantas rehecha con las consiguientes imperfecciones. Sin embargo, la curiosa espadaña se ha conservado intacta, por fortuna, y su estilo recuerda el de Juan de Herrera. También dispuso el cremonés una buharda, a modo de cuerpo de guardia, en la esquina Norte, así como un aljibe y una mazmorra, cuya entrada no era otra que un pequeño hueco del suelo de dicha buharda, siendo necesario descolgar por el mismo a los condenados.

Igualmente hubo de reformar la entrada principal, pues, engrosadas las cortinas, quedó la antigua puerta al fondo del pasadizo que hoy da acceso al interior.



ARRECIFE: SU ALMA ROTA DE SED

1780. No olvidemos esta fecha. A guisa de transición entre el caserío viejo y el nuevo, despierta su modorra de siglos el camino real de Tegui-se. ¿Modorra? Sí, modorra y hambre, no más. Un cuadro horrendo de males que Cabrera López —futuro primer Alcalde del Arrecife— habría de afrontar con espíritu denodado para hallarle algún remedio al endémico problema, y esto ya en tiempos isabelinos: los de la Regencia de María Cristina de Nápoles, exactamente. Pero, ¿aquella inercia secular era el producto de una actitud con natural o la amarga realidad de alguna especial circunstancia? Arrecife había agregado a la isla, desde 1575, un regular si no rico comercio a través de los barcos que hacían la carrera de Indias; agregó, en lo que pudo, su voluntad y sus hombres, pero, sobre todo, afirmó, a costa de su propia sangre, la Torre de Mar Pequeña, donde probada su heroica actitud de lealtad hacia la Corona. En cambio, no recibía sino abandono y lágrimas, en gracia del gran enemigo doméstico, infinitamente más atroz que todos los piratas: la sequía, y consecuencia de ella, hambres y emigraciones.

Entre cien datas de calamidad, cinco fueron verdaderamente pavorosas: 1574-76, 1721-23, 1768-71, 1777-79 y 1840-42, siendo esta última la que sirvió a don Antonio María Claret para anatematizar a los depauperados creyentes. Cada una de esas catástrofes —aparte las apocalípticas erupciones volcánicas de 1730-36— significó un parón existencial en la isla, aunque mucho más terminante en Arrecife, cuya vida quebrantada, hundida y poco menos que en el límite de la desesperación, sólo a tumbos inseguros podía levantarse para poder seguir diciendo «no» a la fatalidad y al cansancio.

El agua era el problema. Problema grave, además, ya que no se trataba tan sólo, con serlo tanto, de la negada geografía sino también de romper el cerco retrógrado, que, en pugna de intereses, frenaba la de por sí penosa marcha del país. Pero, ¿qué intereses podían ser aquellos si se anulaba la vida y desarrollo del puerto? Hasta se alimentaron políticamente, como en la España de Feijoo, cuando la estrechez de muchos, por no decir de casi todos, era el gozo de unos pocos. Arrecife sabe, por eso, lo que ama de la vida y sobre todo lo que de la vida espera. También, por eso —otro contraste—, está siempre dispuesta a «jugársela seriamente» por algo que en cualquier momento estime superior o que le sea urgente y necesario (La fundación de la Potabilizadora, quiérase o no, fue uno de sus gestos inapelables). Ello explica la tenacidad con que lucha cuando

se siente portadora de una causa: enseñanza, puerto, urbanismo, etc., absorbiendo todas las influencias exteriores o aclarando las dificultades, no sin analizarlas con fría exégesis como cumple hacer en todo negocio trascenden-

te. Esta ha sido, por ejemplo, la tónica del Arrecife en los últimos diez años.

¡Terrible y esforzada lucha la que, día a día, ha tenido que afrontar Arrecife! Más letras escrita tiene Arrecife acerca del problema del agua que de cualquier otro aspecto de su vida; quiero decir, de ciertos «imponderables» para remediar la epidemia con terapéutica definitiva.

¿Remedio, a qué? Ya es tiempo que se diga. No se trata ahora de ninguna lección. Creemos simplemente que en semejante «problema» había algo raro y conmovedor, algo que clamaba al cielo, porque como decía Miranda Naranjo, «el agua se deja derramar intencionadamente para mantener un precio escandaloso». Estos datos se ofrecen: los 500 litros pasaban de medio real a seis y aun a ocho (1790), igual precio que el alquiler de una casa céntrica, sito en la plaza que más tarde se llamaría «de la botica». Así parejamente en años ya recientes, cuando se pasaba de sólo diez céntimos a cinco pesetas y hasta siete la lata de 20 litros. ¡Qué cifras tan representativas! Tomarle hoy el pulso a semejante situación espeluzna un poco y pienso, con el barón de Boisseson, embajador de Francia, que una Potabilizadora en Arrecife es como «la mano derecha ciudadana». ¡Qué digo mano derecha! Lo es todo; porque si Arrecife tuvo durante siglos su alma rota de sed, sólo ahora ha podido restañársela con ciertas garantías de cicatrización.

HAMBRE Y TRAGEDIA EN LANZAROTE

El sol es el espléndido motor de la vegetación. Donde llueve poco y se dispone de agua, las tierras siempre resultan más generosas y sus frutos son ubérrimos. Es lo que ocurre en Lanzarote cuando hay lluvias, pero, desgraciadamente, ella no sucede con demasiada frecuencia. En esta isla vale el agua tanto como el oro, de manera que también puede decirse que en parte alguna se ha amado tanto el nacer de una planta. Por eso, se ha luchado, y se lucha, para impedir que las aguas pluviales se pierdan en la mar, porque hay que aprovecharlas como sangre social que es. Todos sabemos por experiencia que a los cielos lanzaroteños no cabe exprimirle a veces ni una gota más.

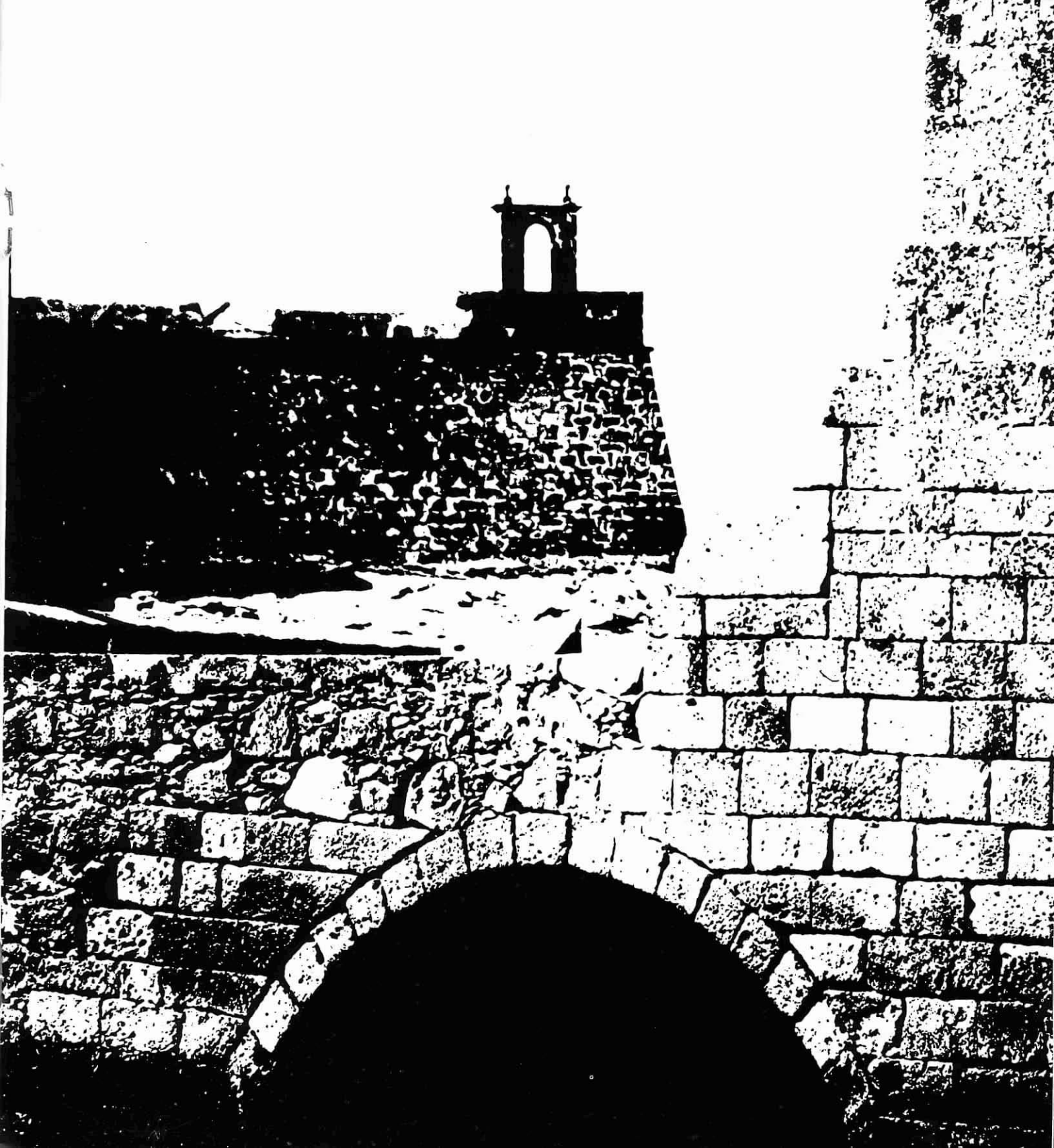
En consecuencia, ya digo, las calamidades y hambres azotaron la isla de modo asiduo y cruelmente. En realidad, jamás se había intentado

nada serio para encararse a tales circunstancias endémicas, es decir, «fortificándola» para que la isla pudiera defenderse de su gran enemigo doméstico, infinitamente más depredador que todos los enemigos que le llegaban desde el mar. Ejemplo, todavía memorable fue la tragedia que asoló Lanzarote durante los años 1768-71, más dura e inapelable que la sobrevenida en 1703. En el «Expediente sobre la Erección de la Parroquia de Arucas en Beneficio (1707-1850), hubo de declarar fray Manuel Merino: «que sabe que en año de 1703 se enterraron muchos pobres llegados de la isla de Lanzarote, pues dicha isla padecía escasez de agua y la gente mucha hambre».

Aquellos pobres habitantes, como acuciados por la inclemencia del cielo, abandonaron la tierra lanzaroteña y en varios grupos se allegaron a otras islas para poder sobrevivir. Un cronista de la época, asegura que esas familias, consumidas de sed y hambre, desembarcaban como plaga de langosta en los puertos de Canarias, Tenerife, y aún en la apartada isla del Hierro. Las naves que volvían de Lanzarote, antes repletas de granos y vinos, llegaban cargadas de hombres, mujeres y niños expatriados y macilentos. Puede decirse que la isla quedó prácticamente indefensa, de manera que si se hubiese presentado por entonces cualquier barco pirata entrara en Arrecife sin encontrar la menor resistencia.

La gente lanzaroteña, con el fin de hacer dinero y poder emigrar a otras islas, malvendían sus heredades mientras contemplaban cómo se morían lo mejor de su ganado, e incluso ellos mismos tuvieron la necesidad de ingerir alimentos inmundos: gatos, burros, ratas, etc. Era de ver aquella caterva paupérrima, mal vestida y descarriada mendigando a voces el pan por las calles, plazas e iglesias.

Fue por entonces cuando en las tres islas mayores se abrió un campo dilatado para que actuara la caridad cristiana. En Gran Canaria se hizo patente la intervención del Obispo, Fray Juan Bautista Servera, cuya ternura y liberal comprensión, le hizo merecedor del humanísimo título de «Padre de los Pobres», pues él mismo era un pobre de verdad. Nadie olvidará tampoco la actuación del Excmo. Sr. don Miguel López Fernández Heredia, comandante general de las Islas Canarias. El Puerto de Santa Cruz de Tenerife tuvo la satisfacción de ver el celo con que aquel piadoso militar se aplicó al alivio de tantos necesitados, ya sustentado a su puerta largas cuadrillas hambrientas, ya disponiendo que se enviase socorros de trigo y agua a los que, por falta de medios, no habían podido emigrar y padecían los mayores horrores en Lanzarote. Fernández Heredia negoció, además, y con carácter de urgencia, sendos cargamentos de



grano de Mogador con destino a la isla sedienta, e incluso alcanzó del Rey de España una importante remesa de trigo de Andalucía. Hechos muy serios y sabios, pues este hombre de bien supo en todo momento levantar los ánimos, de tal manera que garantizaba el abastecimiento equitativamente, y así distribuía a diario 1.500 raciones fijas entre los necesitados.

Aquel estado de penuria aumentó en 1771, y fue este año cuando el Ayuntamiento de La Laguna tomó un acuerdo (28-11-71) pleno de humanidad y patriotismo, por el cual se disponía librar grandes cantidades de productos y metálico para atender a los indigentes lanzaroteños. También se dispuso recoger a los enfermos en uno de sus hospitales, además de rogar a cada vecino que declarase hasta cuantos hambrientos podía atender diariamente a sus expensas. Pero, acaso el principal acuerdo fue el de hacer saber a S. M. Carlos III todo el desgarrado alcance de las tribulaciones lanzaroteñas. Esta decisión del Ayuntamiento de La Laguna daría grandes satisfacciones y ocasionaría la construcción del Castillo de San José o la popularmente «Fortaleza del Hambre», como veremos en seguidas.

También contribuyó a paliar la situación la isla de La Palma, cuyos habitantes se comprometieron a mantener 300 de los casi 3.000 emigrados. Adviértase que aquella isla también había pasado recientemente grandes pérdidas en sus habituales cosechas.

Carlos III se volcó en ayuda de Lanzarote, y puede decirse que a esta isla le aplicó una suerte de Plan de Desarrollo. Las primeras medidas que tomó fue la de enviar 40.000 peluconas de su real erario y tres barcos cargados de trigo, aunque, eso sí, con orden expresa para que la menestra fuese distribuida por el Comandante General y el Obispo de Canarias. Las condiciones eran claras, es decir, repartirla en dos partes iguales, una en calidad de limosna, y la otra como préstamo reintegrable a la Corona. Esta orden se comunicó al Secretario de Hacienda y el Consejo del Reino libró su provisión en 16 de enero de 1772, todo lo cual, y con la mayor urgencia, se trasladó al Regente y Oidores del Archipiélago Canario.

Pero, como los males no vienen solos, en octubre del mismo año, funestísimo, apareció la langosta berberisca, matándose nada más que en las inmediaciones del Arrecife unos 12 quintales de ellas.

Con tal motivo, y como no se podía hacer otra cosa, se hicieron las acostumbradas procesiones en Rogativas y Misas, a la vez que se recogían, entre los vecinos adinerados, sendas limosnas para sufragar las ceremonias.

CONSTRUCCION DEL CASTILLO DE SAN JOSE O «FORLEZA DEL HAMBRE»

La crisis económica lanzaroteña, que se había hecho insoportable desde 1703, se acentuó de manera alarmante a lo largo de cinco años de auténtica miseria, y la tragedia se hizo realidad en 1776: a las calamidades anteriores se sumaron las inevitables enfermedades, con caracteres epidémicos, que descargaron todo su veneno mortal sobre la ya exhausta población, de manera que murió no escasa parte de aquella. No existía por entonces ningún servicio sanitario y era de ver cómo la mayoría tornaba a los alimentos inmundos, ya que no encontraban nada mejor que llevarse a la boca, o, lo que aún resultaba peor y mucho más doloroso, contemplar a los niños, que, hambrientos, chupaban los cueros maternos, macilentos y secos. Había casa donde la muerte era inquilina familiar, y así chicos y grandes se consumían lentamente en sus brazos secos y duros. Quién no tenía medios para emigrar, estaba condenado a morir de hambre. Esa era una verdad incuestionable.

Carlos III, que quiso mejorarlo todo en España, y a pesar de haber sido extremadamente generoso en favor de Lanzarote durante el trienio fatal del 68-71, decretó con carácter de urgencia una serie de obras públicas para «socorrer y emplear a los desgraciados isleños que padecen la hambre y la desolación, pues —dice el Rey—, «son estas calamidades más atroces que todos los enemigos de la Corona». Entre otras realizaciones, mandó construir una fortaleza bajo la advocación de San José (1776-79), y en ella trabajaron hasta un centenar de braceros en régimen de taifas. Su «arquitecto» debió ser el ingeniero Don Claudio de Lisle, que anteriormente había planeado en Lanzarote otras obras militares, entre las que podemos destacar la Torre del Aguila, en Las Coloradas (Rubicón).

La «Fortaleza del Hambre», que es como se conoce popularmente el Castillo de San José, es uno de esos edificios castrenses del siglo XVIII levantados cuando ya no había nada que defender, unos de tantos castillos costeños que no conocieron las saetas ni los asedios ni ninguna de las servidumbres militares. Y si por fuera no tiene una catadura muy guerrera, por dentro aún menos. No hay más que asomarse en descubierta para que, en el acto, se disipe la débil impresión bélica que pudiera producir tan hermosa fortaleza. En suma, un edificio con carácter de obra pública más que militar.

(Cierta que tres lustros atrás había sido atacado el Puerto de Naos por los corsarios ingleses Lord Anson y Hawque, quienes, después de haber silenciado los cañones de San Gabriel, desembarcaron por los Mármoles unos cien marineros armados, pero los lanzaroteños, parapetados detrás

de sus camellos —utilizados por vez primera como tanques—, se encararon al enemigo con gran éxito. La victoria fue total y completa, y los ingleses, al no poder hacerse con las embarcaciones que buscaban, abandonaron El Arrecife para seguir rumbo hacia otras tierras).

El castillo de San José se alza en un cantil de 70 metros de altura, de bordes escarpados, y domina perfectamente la principal entrada a Puerto de Naos. Su forma es semicircular y ocupa unos 700 metros cuadrados de superficie. Su puerta principal, de rastrillo levadizo, mira al Norte sobre un foso de 14 escalones.

A pesar de la incuria y el tiempo, la «Fortaleza del Hambre» es el castillo lanzaroteño mejor conservado, y también el de mayor empaque de la isla, descollando su silueta en la bahía de Los Mármoles y Puerto de Naos, y destaca como obra por sus airosas navés de medio punto, sus gruesas dovelas y bases de corte severo. Si cuerpo, ya digo, semicircular, con amplia descubierta frontera vestida de cantos rodados, está guarnecido de dos perfectas garitas de labra preisabelina y en torno a la coronación diez cañoneras. Consta de doble planta y de atractiva nave de techo arqueado sin columnas. En el piso principal sobresale la distribución de sus habitáculos, sobre todo los reservados al alcaide. El campanario, que se levanta en el centro del bien acabado imafrente, tiene sendas bolas al estilo de Juan de Herrera. El castillo, según datas seguras, estaba a punto de concluirse a finales de 1779, y fue su alcaide perpetuo Don Luis Cabrera del Castillo, a quien correspondió negociar cierto rescate de trigo, como veremos seguidamente.

LA GUERRA CHICA: SU BAUTISMO DE FUEGO

A comienzos del siglo XIX se procede a renovar toda la artillería y parapetos adyacentes del Arrecife, pues, a partir de 1808, algunos corsarios ingleses merodeaban con frecuencia sus aguas e incluso fondeaban desafiantes junto a los islotes de Cruces y El Quebrado. Así, en torno al castillo de Gabriel, se construyó una empalizada de base de mampostería y alzada de madera, que, por cierto, tenían un gran portalón con machina vertical. También al castillo de San José se le adosaron, lateralmente, amplios amurallamientos sin almenas, excepto en el paño que daba al aljibe situado más allá de la rampa principal o descubierta. En esta situación se instalaron seis falcones.

El 6 de diciembre, al amanecer, arrumbaron hacia la bocana de Rosas varios navíos ingleses, que, inmediatamente, fueron hostigados desde el castillo de San José, aunque sin mayores resultados. Los piratas británicos lograron entrar en Puerto de Naos y sacaron mar afuera dos ber-



gantines cargados con trigo del Rey, y quedaron al paio y expectativamente. A la mañana siguiente hubo de parlamentarse el rescate de dicha mercancía —¡era una necesidad!—, lo cual se estableció en 2.000 pesos fuertes. El responsable de hacer efectiva la cantidad acordada fue el propio alcaide de la «Fortaleza del Hambre», Don Luis Cabrera, que, además, representado al Alcalde Mayor de Lanzarote.

Pero, el verdadero bautismo de fuego lo recibirá el castillo de San José durante los graves sucesos lanzaroteños, que, en la historia local, se conoce como la «Guerra Chica».

Ya se sabe: Arrecife hizo una suerte de auto de fe cuando, al conocer los peligros de la patria, quemó en acto público el retrato de Napoleón, y se apresuró a suscribir las prerrogativas de la Junta Suprema de La Laguna. Esto fue el comienzo de todos los sucesos que daría ocasión a la llamada «Guerra Chica» lanzaroteña. Con fecha 3 de septiembre de 1809 se conoció en Lanzarote otra orden de la Junta Suprema, según la cual se debía proceder a la disolución del Cabildo Permanente de Gran Canaria, así como la desaparición de la Junta Provincial establecida en Tenerife, de manera que las Juntas Subalternas quedaban a merced de la del Reino. Para ejecutar tales demandas, se nombró a Don Manuel María Aballe, miembro de la Central y que por entonces visitaba como inspector del Reino el Archipiélago Canario. En fecha pareja recibió el Cabildo un oficio de la Audiencia en términos algo ofensivos para la Corporación insular, de modo que ésta contestó en el sentido de que vería con agrado el que la Junta Suprema llevase a cabo su propósito de remudar todos los cargos de la Audiencia con el fin de acabar con las desavenencias entre las islas. Puesta las cosas así, el Alcalde Mayor hizo saber que habiendo sido nombrado por la Junta Patriótica, y habiendo sido ésta disuelta, ponía a disposición su vara y tributos. Adviértase que había sido vejado por un sujeto llamado Pablo Rodríguez Peraza, que fue reconvenido con pena de ser encerrado en una de las fortalezas lanzaroteñas. Sin embargo, tales amenazas carecían ya de fuerza para arredrar la osadía de Peraza, pues, como arraigado «josefino», sabía mover con habilidad su tinglado, se suerte que la isla se vio sorprendida con un comunicado de la Junta Suprema que reponía en su cargo de Alcalde Mayor a Don Pablo Rodríguez Peraza, así como que se diera entrada en el Cabildo a otras personas de igual significación política. Como quiera que hubo resistencia, cúpole intervenir al capitán Don José Feo Armas, que, como era costumbre suya, desplegó gran aparato militar para cumplir su propósito. A esta represión escapó el que había sido Gobernador de Armas, Don Lorenzo Bartolomé



Guerra, ya que viéndolas venir había huído a Tenerife, y en donde quería recabar su nombramiento de Gobernador Militar de Lanzarote.

A Pablo Rodríguez Peraza le fue muy fácil manipular las elecciones para Alcalde Mayor, hecho que dio paso a un tal Juan Valenciano, que, como primera medida, encarceló a sus oponentes, salvo aquellos que pudieron huir a Tenerife, como fue el caso de Don Manuel García del Corral. Así andaban las cosas entre Teguise y El Arrecife.

Pero, mientras tales acontecimientos sucedían en la isla de Lanzarote, Don Lorenzo Bartolomé Guerra, que, según dijimos, se encontraba en Tenerife, y en unión ahora de García del Corral, dedicaba todos sus esfuerzos en concitar influencias en busca de su nombramiento de Gobernador de las Armas de Lanzarote. Efectivamente, su designación fue un bombazo y puede decirse que la Isla quedó prácticamente en pie de guerra, incluso al Jefe de Escuadra, Don Rafael Clavijo, contrario de Lorenzo Bartolomé Guerra, se le prohibió desembarcar en Lanzarote. Una situación pintoresca, pero la verdad fue que se aumentó la guarnición de los castillos, se cubrieron con soldados todas las playas y surgideros; se establecieron atalayas y vigías permanentes; se llevaron a Teguise la mayoría de los cañones y municiones sobrantes en las fortalezas, y, para mayor seguridad, se dispuso que el Gobernador Militar y el Alcalde Mayor pernoctaran en las dependencias del convento de Santo Domingo, en Teguise.

A pesar de ello existía en la isla una gran anarquía, produciéndose a cada momento fuertes alborotos populares, so pretexto del próximo arribo de Don Lorenzo Bartolomé Guerra como nombrado Gobernador Militar.

Efectivamente, el 4 de junio de 1810 desembarcaba en el Puerto del Arrecife el belicoso y flamante militar, acompañado de otras personas, que, como él, habían huído anteriormente. El señor Guerra traía documentos firmados por el Capitán General para que se le hiciera entrega del mando militar y se le reconociera por Coronel de las Milicias, lo cual acató el comandante del Puerto, Don Ginés de Castro y Alvarez. Pero, en Teguise las cosas fueron de mal en peor.

Tan pronto se supo que Don Bartolomé Guerra había desembarcado en Arrecife y que se posesionaba de los castillos de San Gabriel y San José, haciéndose fuerte en los mismos, las campanas de Teguise tocaron a rebato y las gentes de los pueblos se incorporaron militarmente en dos vertientes: una parte, por Teguise; otra, por Arrecife, en las filas de Guerra.

Cohibido se hallaba el Gobernador Militar, Don José Feo Armas, pues apenas si tenía libertad de acción después de conocer el nombra-



miento de Bartolomé Guerra, que confirmaba el Capitán General de Canarias. En estas circunstancias, el día cinco, o sea, al siguiente de la llegada del señor Guerra, se organizó contra el mismo, y con el fin de arrestarlo, una expedición contra El Arrecife, de suerte que hubo una verdadera batalla, disparándose los cañones desde ambas fortalezas. El día seis volvieron los de Teguisse con más fuerzas, pero el castillo de San Gabriel hizo varias víctimas, a la vez que el Coronel de las Armas salía desde el castillo de San José para presentar batalla y hacer gran cantidad de prisioneros.

Como resultado del contratiempo, los de Teguisse suspendieron las hostilidades, y, el día doce del mismo mes, el señor Guerra liberaba a los cautivos y se ofreció para un parlamento de paz, que, a su entender, como vencedor, debería celebrarse en el castillo de San Gabriel o en el de San José.

Teguisse aceptó parlamentar y el día 14 envía una comisión que, inexplicablemente, no fue recibida por el Coronel de las Armas, señor Guerra Clavijo. Semejante actitud acentuó la rebeldía de las autoridades lanzaroteñas, que mantuvieron el cerco, y Don Lorenzo Bartolomé pudo comprobar las dificultades que le impedían avituallar a sus tropas. En vista de su fracaso, él que había vencido en buena lid, aprovechó el mismo barco en que había venido y se hizo a la mar rumbo a Tenerife, de donde ya no retornó, pues, no sabemos porque, murió muy poco después.

EL MUSEO DE LA CIUDAD, DE LA ISLA Y DEL ARCHIPIÉLAGO CANARIO

Luego vino el abandono del castillo de San José como entidad puramente castrense, de manera que a finales de siglo se desmontaron sus cañones y dejó de servir como fortaleza costera. Durante bastante tiempo fue utilizado como polvorín militar, y, en consecuencia, se le añadieron hasta doce columnas de infamante cemento armado. (Hoy desaparecidas). Más tarde, ya en nuestros días, no fue otra cosa que refugio de pajarracos y otras especies menos sutiles que anidaba en su interior como sombras miserables... Tal desidia era inexplicable y sumamente censurada, puesto que el castillo, aparte su valor histórico, panorámico, y si aún se quiere romántico, no podía constituir una rémora para la vida de Arrecife, antes al contrario: podía ser un magnífico negocio y un exponente de la espiritualidad que tanto demanda la ciudad. Esto lo ha visto perfectamente el genial pintor César Manrique, alma robusta y mano ejecutora de lo que ya es el futuro de la «Fortaleza del Hambre». ¡Nada más ni nada menos que «Museo Internacional de Arte Contemporáneo! ¿Cuándo y qué tiempo pudo soñar con ello nuestro Arrecife? Es de justicia resaltar, por otra parte, el entusiasmo con que acogió y ha favorecido la iniciativa el Cabildo Insular de Lanzarote.

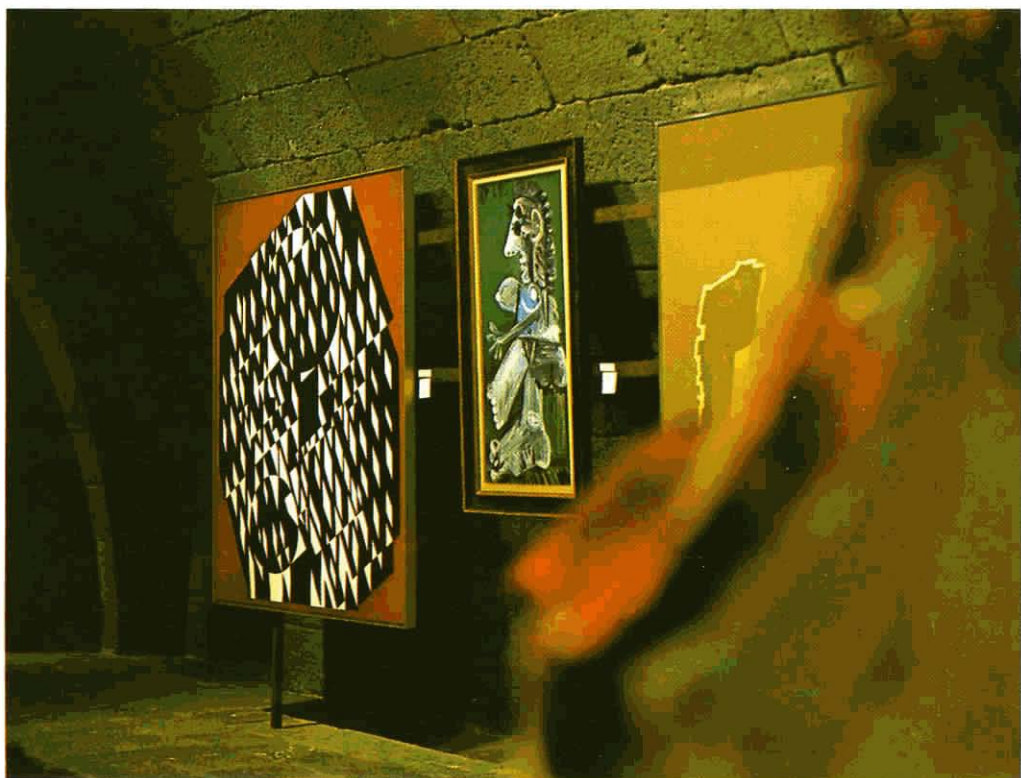
Las piedras, las viejas piedras históricas, las nobles piedras, tienen siempre un gran atractivo, no sólo para los que podrían considerarse de épocas pasadas, sino también, y esto es muy importante, para las jóvenes generaciones. César Manrique, que puede decirse de él que ha rescatado el más genuino paisaje lanzaroteño, nos demuestra ahora que esas viejas piedras, nunca pasadas, siempre actuales, pueden seguir sirviendo de ingrediente espiritual en los tiempos presentes.

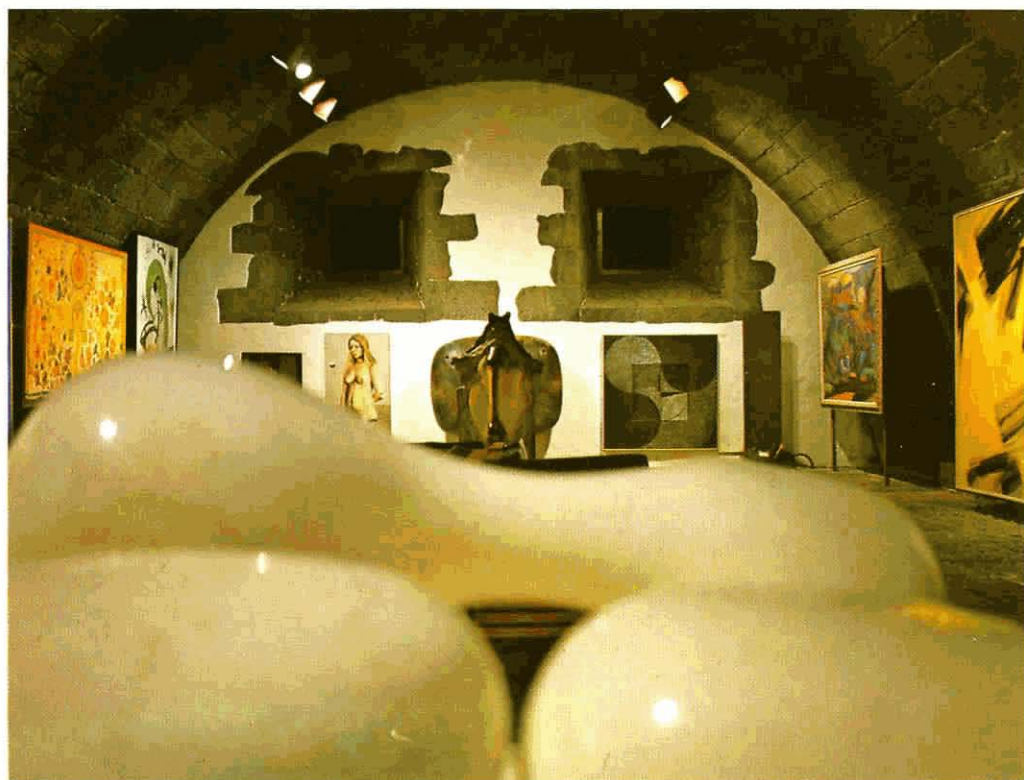
El Museo de la ciudad, de la isla y del Archipiélago Canario, que va a erigirse, y que será una alta representación universal del Arte contemporáneo, demostrará asimismo que un Museo debe atraer por su vida propia y no por las bambalinas coloristas, pues, éstas, como flor marchita, sin aroma ni olor, acabarán anulándose desde su comprobada y endeble tramoya. El Museo Internacional de Arte Contemporáneo, que tendrá marco adecuado en la popular «Fortaleza del Hambre», no será una mera pinacoteca en frigidez permanente, ni un salón de polvorientas antigüedades, ni un archivo de papeles ictéricos... Será, deberá ser, como asegura Manrique, un espléndido diorama rotando luminoso y permanentemente ante los ojos del espectador, y así éste, siempre menesteroso, podrá tener muy cerca toda la historia moderna del Arte de nuestra época.

Un Museo digno de Lanzarote, que, dignificamente, demostrará cuan alta es la cota que alcanza nuestra isla en la civilización universal.













EDITADO POR EL

EXCMO. CABILDO INSULAR DE LANZAROTE

TEXTO: AGUSTIN DE LA HOZ

FOTOGRAFIAS: ILDEFONSO AGUILAR